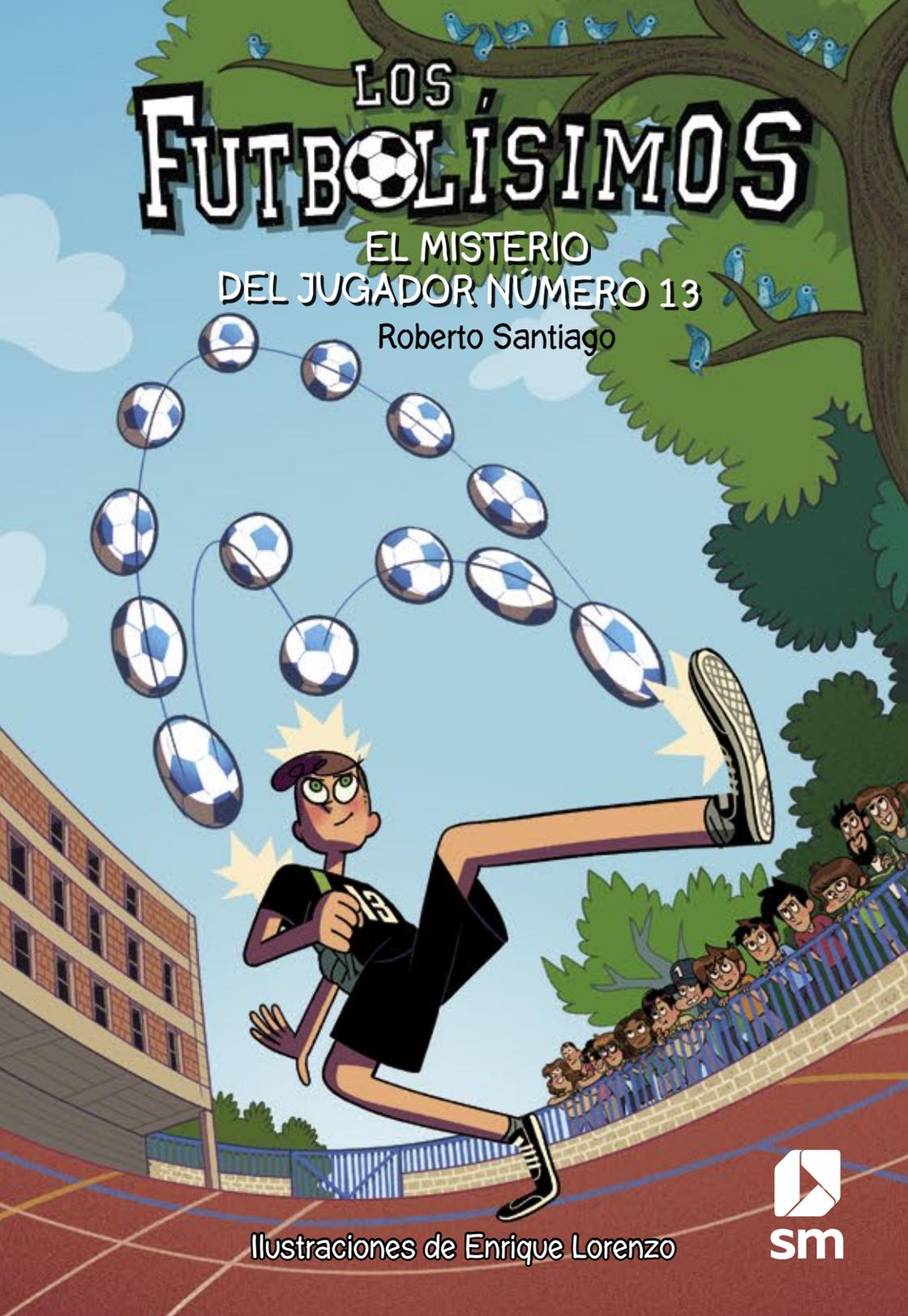


LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DEL JUGADOR NÚMERO 13

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo


sm

LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2018
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-288-1
Depósito legal: M-8133-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







El balón cae justo delante de mí.

Al borde del área rival.

Puedo escuchar los gritos en la grada, en el banquillo, en el campo.

–¡Pakete, vamos!

–¡Tú puedes!

–¡Vamooooooooo, Pakete!

Pakete soy yo.

En realidad me llamo Francisco. Pero casi todos me llaman Paco, o más bien Pakete, desde que fallé cinco penaltis seguidos.

En estos momentos estoy jugando con el equipo de mi colegio el último partido de la Liga Intercentros.

El partido más importante del año.

Ha venido muchísima gente a vernos.

–¡Pero venga, espabilaaaaaaa, Francisco! ¡Soto Altoooooooo ganará! ¡Ra-ra-ra!

La que grita de pie en la grada es mi madre, Juana, que es una gran forofa del fútbol y siempre anima mucho en los partidos.

–Tranquila, cariño, que te va a dar algo –le dice mi padre, a su lado, colocándose el uniforme.

Mi padre se llama Emilio y es policía municipal y también le gusta mucho el fútbol. Aunque no está en una misión oficial, lleva puesto su uniforme. Como él dice, «un verdadero policía nunca descansa».

–¡Déjame, Emilio, déjame, que esto es muy fuerte! –le replica mi madre, muy nerviosa, y se dirige otra vez hacia mí–. ¡¡¡Franciscooooo, haz algo, por lo que más quieras!!!

Lleva razón.

Tengo que hacer algo.

El partido está a punto de acabar.

El equipo me necesita.

Soy delantero y tengo que marcar un gol.

El defensa central del equipo contrario viene directo hacia mí.

Es enorme.

Corre con todas sus fuerzas.

Controlo el balón con la pierna derecha.

Amago hacia un lado.

Luego, hacia el otro lado.

El defensa central se tira con las dos piernas por delante.

Empujo el balón.

Pego un salto.

¡Y paso por encima del defensa!

Increíble.

Le deajo atrás.

Ya estoy en el área.

Puedo conseguirlo.

El portero del equipo rival mueve los brazos, intentando des-
pistarme.

Escucho gritos a mi alrededor.

De mis compañeros:

–¡Chuta, Paquete!

–¡Corre!

–¡Dispara de una vez!

Y de mis rivales:

–¡A por él!

–¡Que no dispare!

–¡Que no pase!

Avanzo con el balón en los pies.

De reojo, veo al lateral contrario, que intenta llegar a mi po-
sición.

También puedo ver a mi compañero Toni, que llega corriendo al extremo del área.

–¡Pásame! –me grita.

Pero no puedo pasarle: ¡le está cubriendo un jugador del otro equipo!

Lo más lógico es que yo mismo dispare a portería.

Para eso soy delantero.

De nuevo escucho a mi madre, que grita desesperada:

–¿A qué estás esperando? ¡Dispara de una vez!

Pienso: «Ya voy, ya voy, ya voy...».

Doy otro paso.

Me concentro en la portería que tengo delante.



Puedo hacerlo.

Pienso: «Es el momento de romper la mala racha».

¡Una racha horrible!

Llevo seis meses sin marcar un gol.

Exactamente, 182 días.

Desde Navidad.

Y estamos en junio.

En el último partido de liga.

Necesitamos marcar un gol.

Ahora o nunca.

Estoy solo delante de la portería.



Levanto la vista y cruzo una mirada con el portero.

Él me señala, desafiante.

Entonces me doy cuenta de lo que me ocurre.

La verdad es que...

¡No sé si quiero marcar!

Ya sé que es muy raro lo que estoy diciendo.

Pero es la verdad.

Lo voy a repetir, por si alguien no lo ha entendido.

¡No sé si quiero marcar gol!

Tengo que tomar una decisión.

Ya no puedo esperar más.

El portero se ajusta la gorra y extiende los brazos.

Escucho los gritos a mi alrededor:

–¡Dispara! ¡Dispara! ¡Dispara!

Si no meto gol...

Quedaremos los últimos en la liga.

Bajaremos a segunda.

Y yo...

Puffffffff...

Prefiero no pensarlo.

¡No sé qué hacer!

¿Disparo o no disparo?

¿Intento meter gol o no?

Es una situación rarísima.

No es fácil de explicar.

Últimamente han ocurrido cosas muy extrañas y estoy hecho un lío.

Será mejor que empiece por el principio.

Para contar lo que ha pasado, tengo que hablar del jugador número 13.

El jugador más increíble que he visto nunca.

Nunca olvidaré la primera vez que le vi.



Tenía unos ojos enormes.

Gigantescos y rasgados.

De color verde.

Como los de un gato.

Iba vestido completamente de negro, y llevaba un número 13 de color blanco en la camiseta.

Estaba delante de la puerta trasera del colegio.

¡Dando toques con el pie a una lata de refresco!

–¿Tú crees que es chino? –preguntó Camuñas.

–A lo mejor es coreano –respondió Tomeo–, o japonés, o filipino.

–Pues a mí me parece chino –insistió Camuñas.

–No digáis tonterías –dije–. Es de Rusia.

–¿Y tú cómo lo sabes, listillo? –me soltó Camuñas.

–Pues porque me lo ha dicho mi padre –contesté–, que siempre se entera de estas cosas.

–¿Y qué hace un ruso en nuestro pueblo? –preguntó Tomeo.

–Pues... eso ya no lo sé.

El jugador número 13 estaba solo, junto a la puerta trasera del colegio, dando toques a la lata de refresco.

Los tres le observamos con curiosidad desde la verja.

Él no se había dado cuenta de nuestra presencia.

Siguió golpeando la lata, sin dejar que cayera el suelo.

Con el pie.

Con la rodilla.

Con el pecho.

Incluso con la cabeza.

Parecía un malabarista.

–A lo mejor viene de un circo –dijo Tomeo.

–Es muy bajito para ser de un circo –aseguró Camuñas, como si fuera un experto en el tema.

–¿Y qué tendrá que ver la altura para trabajar en un circo?

–Pues mucho tiene que ver, porque tienen que subir a los trapecios y a un montón de sitios, y si es tan bajito, pues no llega...

–¡Mirad, mirad! –les interrumpí, señalando hacia el chico.

De pronto, golpeó la lata contra la pared del colegio.

Rebotó...

¡Y volvió a caerle justo en el pie!

Repitió la operación varias veces seguidas.

Cada vez más deprisa.

Mucho más deprisa.

¡Era impresionante!

Aquella lata subía, bajaba, rebotaba, volvía a rebotar, y lo hacía exactamente a la velocidad que él quería.

Nunca había visto nada igual.

Después de un rato, detuvo la lata con el pecho.

Se inclinó hacia atrás...

Y la lata fue subiendo toque a toque hasta los hombros... y después hasta la cabeza.

Nosotros tres seguíamos mirando con la boca abierta.

Entonces se abrió de golpe la puerta trasera del colegio.

Allí apareció Esteban, el director.

Y a su lado, una mujer morena con el pelo muy largo y con grandes ojos verdes.

–¿Qué hacer con lata? –preguntó ella moviendo la cabeza.

–Nichego, mama –respondió el chico.

Tomeo murmuró:

–Es su madre.

–Ya, ya –dije.

La mujer parecía enfadada.

–¡Yo decir tú esperas aquí sin mover! –exclamó hablando con un fuerte acento ruso.

–Proshcheniye, mama –respondió él conteniendo la respiración, sin mover ni un músculo.

Sujetaba la lata con la frente, manteniendo el equilibrio.

Desde que habíamos llegado, aquella lata aún no había tocado el suelo.

–No se preocupe, señora Ivanovich –le disculpó Esteban sonriendo–. El muchacho está en la edad de hacer travesuras. Yo, por ejemplo, a los once años me pasaba el día jugando a las chapas, ya sabe, las chapas de las botellas. Ja, ja, ja, ja, ja, ja...

–Yo nunca jugar chapas –le cortó ella–. Después de colegio, yo ir a clase de violín, de computadora y de ajedrez. No tener tiempo para chapas.

–Ya, bueno, cada uno a lo suyo –dijo el director–. Unos con la informática y el violín, y otros con las chapas. Je je...

A todo esto, el número 13 seguía inmóvil, manteniendo la lata sobre la cabeza.

La madre se cansó y le gritó algo en ruso que no entendí.

Al terminar, advirtió muy seria:

–¡Ya!

Él respondió:

–Da, mama.

–¡Vamos! Director presentar a ti compañeros nuevos –anunció ella.

–Da, mama –repitió sin moverse.



Creo que significa «Sí, mamá».

–¿Pasamos dentro, señora Ivanovich? –preguntó Esteban, entornando la puerta.

–Llamarme Ekaterina –dijo ella, caminando de nuevo hacia el interior del colegio con sus tacones.

–Huy, Ekaterina. Qué nombre tan bonito y tan... ruso. Ja, ja, ja, ja ja ja...

Esteban y la señora Ivanovich volvieron a desaparecer.

Dejando allí solo al número 13.

–Entonces, ¿ese niño ruso va a estudiar con nosotros? –preguntó Tomeo.



-No lo sé -dije.

-¿Y por qué ha llegado al colegio casi a final de curso?

-No lo sé.

-¿Y va a estar en nuestra clase?

-Tampoco lo sé.

-Creía que tu padre lo sabía todo -protestó Camuñas.

-Pues de eso no me ha dicho nada -argumenté.

-Es todo muy raro -murmuró Camuñas-. En estas fechas, nadie se cambia de colegio.

Mis amigos y yo volvimos a observarle atentamente. Seguía en la misma postura.

Con la lata sobre la cabeza.

Se quedó allí, inmóvil, unos segundos.

–¿Se habrá dado cuenta de que le estamos espiando? –preguntó Tomeo.

–Qué va –aseguró Camuñas–. Está demasiado ocupado con su lata.

–No le estamos espiando –dije yo.

–Hombre, un poco sí –insistió Tomeo–. Llevamos aquí un buen rato sin quitarle ojo.

En ese momento, hizo un movimiento con la cabeza.

La lata subió volando.

Después cayó.

Y antes de que tocara el suelo...

¡Le dio un tremendo golpe con el tacón del pie!

¡De espaldas y sin mirar!

La lata salió disparada a toda velocidad.

Voló hacia nosotros.

Que no tuvimos tiempo de reaccionar.

–¡Que vieneeeeeeeee!

–¡¡Cuidado!!

¡¡¡CATACLONC!!!

La lata se estrelló en la verja justo delante de nuestras narices.

Retrocedimos asustados.

¡Había impactado muy cerca de nosotros!

–Qué susto más tonto –dijo Camuñas resoplando.

–¡Menuda puntería! –exclamó Tomeo–. ¿Lo habrá hecho a propósito?

La lata quedó en el suelo, al otro lado de la verja.

Cuando volvimos a levantar la vista, el chico ruso había desaparecido.

Supongo que habría entrado al colegio.

Esa fue la primera vez que vi al jugador número 13.

Pero no la última.